

Investigación educativa, una fundamentación metódica y metodológica

Énfasis Ambientes de Aprendizaje Mediados
por TIC de la Maestría en Educación UPB

Compiladores

Isabel Cristina Ángel-Uribe

Lina María Cano Vásquez

Alejandro Uribe Zapata



378.007
C227

Cano Vásquez, Lina María, autor

Investigación educativa, una fundamentación metódica y metodológica, énfasis ambientes de aprendizaje mediados por TIC de la Maestría en Educación UPB / autores Lina María Cano Vásquez [y otros 8] – 1 edición – Medellín: UPB, 2025 -- 255 páginas.

978-628-500-160-4 (versión digital)

1. Tesis y disertaciones académicas -- 2. Educación en ambientes virtuales (EAV) -- 3. Investigación educativa -- 4. Comunicación científica -- 5. Escritura académica -- 6. Metodología de la investigación

CO-MdUPB / spa / RDA
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Guadalupe Álvarez
© Guillermo Echeverri Jiménez
© Beatriz Elena López Vélez
© Juan Carlos Echeverri-Álvarez
© María Elena Giraldo-Ramírez
© Gloria María Álvarez Cadavid
© Lina María Cano Vásquez
© Marita Lopera Rendón
© Fáber Andrés Piedrahíta Lara
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Investigación educativa, una fundamentación metódica y metodológica

ISBN: 978-628-500-160-4 (versión digital)

Primera edición, 2025

Escuela de Educación y Pedagogía

CIDI. Grupo de investigación: Educación en Ambientes Virtuales. Proyecto de investigación: Proyecto General Grupo de Investigación en Educación en Ambientes Virtuales. Radicado: 358C-11/18-21

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Padre Diego Marulanda Díaz

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano de Escuela de Educación y Pedagogía: Juan Francisco Vásquez Carvajal

Coordinadora Editorial UPB: Lisa María Colorado Rodríguez

Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: María Isabel Arango Franco

Corrección de estilo: Weimar Toro Ramírez

Imagen portada: Shutterstock 2450090315

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2025

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Medellín - Colombia

Radicado: 2328-15-08-24

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

El yo del etnógrafo o la narración de lo que se investiga

Mag. Guillermo Echeverri Jiménez

Nadie lo diría. A primera vista, los ojos del hombre parecen sanos, el iris se presenta nítido, luminoso, la esclerótica blanca, compacta como porcelana. Los párpados muy abiertos, la piel de la cara crispada, las cejas, repentinamente revueltas, todo eso que cualquiera puede comprobar, son trastornos de la angustia. En un movimiento rápido, lo que estaba a la vista desapareció tras los puños cerrados del hombre, como si aún quisiera retener en el interior del cerebro la última imagen recogida, una luz roja, redonda, en un semáforo. Estoy ciego, estoy ciego, repetía con desesperación mientras le ayudaban a salir del coche, y las lágrimas, al brotar, tornaron más brillantes los ojos que él decía que estaban muertos.

JOSÉ SARAMAGO (*Ensayo sobre la ceguera*, 2003).

El epígrafe, tomado del escritor portugués, sirve para abrir esta breve reflexión acerca de la etnografía, específicamente, del yo del etnógrafo. Y sirve en dos sentidos: por una parte, pone la cuestión de la metodología etnográfica en el terreno de la mirada de quien mira, es decir, del investigador; y por otra parte, se pregunta por la narración de aquello que es indagado a través de un proceso de investigación. Los dos sentidos resultan importantes para esta exposición, pues son ellos los rectores de lo que se quiere plantear,

a saber: qué mira quien mira y cómo narra lo mirado. Aunque pueda parecer un juego de palabras –que no hay que dudarlo, mucho le gustan a quien está escribiendo–, resulta interesante, o por lo menos provocador, preguntarse por eso que algunos llaman, tal vez con desbocada rapidez, investigación de segundo orden.

Se parte, entonces, de la consideración de que la indagación acerca de las particularidades de los sujetos que interactúan en la comunidad, en la cultura, es relevante para la investigación en el área de las ciencias sociales. Esto parece una verdad de bulto; no creo que haya necesidad de entrar a demostrar que esto es así, pues las corrientes y tendencias contemporáneas, explícitas en un buen número de libros y revistas especializados, así lo señalan. Sin embargo, todavía no es tan claro lo que ocurre en la interioridad de quien se ocupa de mirar cómo se comportan los grupos, ni menos aún está dilucidado cómo tal sujeto indagador llega a la construcción de un texto o narración que se legitima como conocimiento científico, y valga aclarar que no me estoy refiriendo al concepto clásico de ciencia, sino a aquel que asume el conocimiento como construcción inter e intrasubjetiva. En esta charla se trabajará más como intrasubjetividad.

Para quien se forma como maestro, y para quien lo es, obviamente, la etnografía no solo es una más de las metodologías de investigación cualitativa en boga; es, muy por el contrario, una vía de conocimiento como profesional de la docencia en tres planos que, al parecer, resultan definitivos al momento de pensarse como docente: la reflexión sobre sí mismo, sobre los referentes de la formación del yo; la lectura de mundo, de mundos si queremos ser más fieles con la semiótica; y la narración del yo en relación con esos mundos, tanto los de la escuela como aquellos que nos asaltan en cualquier vericuetto de la imaginación. Quién soy yo, qué y cómo leo, y qué y cómo escribo, parecen, pues, tres preguntas simples. Y lo son.

Pero, ¿qué sabemos de ellas?, ¿cómo las hemos resuelto?, ¿las hemos resuelto?

Si un profesional cualquiera no se pregunta por ello, pues no sería asunto de mayor relevancia; pero si un maestro pasa por alto el asunto, parece que sí hay problemas. Y mayúsculos. Este texto no pretende resolverlos, ni mucho menos: el ponente sabe de la envergadura de estos; sin embargo, sí cree necesaria una discusión académica acerca de cómo formar maestros con perfil investigativo y pedagógico en relación con los saberes, los sujetos,

el contexto y el currículo. La apuesta en el texto es por la etnografía. Los soportes teóricos y conceptuales están en algunos conocedores del tema de los estudios etnográficos, algunos que hasta hace poco tiempo el ponente desconocía, y que hoy, a estas alturas, apenas está leyendo y conociendo; también están los literatos, los escritores de literatura, esos que el ponente conoce un poco más por ser esta su formación inicial, tanto la de casa como la universitaria.

Uno: la etnografía y la pintura

Cuando se piensa en lo que es la etnografía, se puede arrancar con una imagen: un cuadro compuesto por un hombre que mira atentamente el entorno y, simultáneamente, remueve en su interior las dudas propias de quien se sabe representando algo. Hay aquí algo que llama la atención de entrada: el adentro y el afuera se conjugan, también podríamos decir se confunden; conjugación y confusión no son lo mismo, claro, pero para quien ejecuta la acción se funden y se confunden. El compositor se sabe componedor de la pieza, pero resulta que este es, a su vez, una composición del mismo entorno; el adentro y el afuera son difusos, entran en una lógica de integración de la cual ni siquiera es consciente el compositor; así, la acción de pintar “la realidad” no es ni siquiera una pintura, sino, más bien, una invención, una creación. De todos modos, hasta los considerados pintores de cuadros costumbristas terminan por configurar nuevas imágenes, o si no, véase a Carrasquilla, a don Tomás: ¿vemos a Peralta, a Dimitas Arias, a Frutos, a la Marquesa de Yolombó o a san Antoñito por alguna parte? Pues no y sí. No los vemos paseando por ninguna parte; pero si cogemos alguna composición escrita del autor, ahí mismo salta el personaje de turno: quedamos robados por la descripción del compositor.

Dicen algunos teóricos, Wolcott (2003), por ejemplo, que la etnografía es descriptiva, que su naturaleza misma es la descripción; señala que es una pintura de la forma de vida de un grupo humano interactuante. En este sentido, el etnógrafo es una especie de artista que opera con gran cuidado para captar características generales y detalles que componen una situación en la cual interactúan personas, animales, objetos y quién sabe qué más componentes de lo que llamamos “realidad”. Nos encontramos, por supuesto, con un problema de quilates: en la segunda acepción del diccionario *Pequeño Larousse Ilustrado* (1996) se dice que “describir” es representar algo a través del lenguaje: por ejemplo, un rostro o un paisaje. Sí, llegamos al meollo del

asunto: por medio del lenguaje. Es decir, hay una mediación y, por lo mismo, no una cosa, sino una representación de la cosa. Entonces, ¿vemos lo que vemos? Es posible; más, ¿escribimos lo mismo que decimos que vemos? En este caso, la respuesta se torna, un tanto más compleja, porque la distancia se va haciendo también más difícil de zanjar: el que mira, aquello que mira, lo que escribe de lo mirado. Y ni qué decir de quien lee lo escrito por el mirador que dice ver equis cosa o situación.

Galindo (1997), el estudioso mexicano, nos aproxima algo a la cuestión que estamos planteando, específicamente, cuando señala que la aproximación al mundo por parte del investigador trae consigo la incorporación del mismo a su microcosmos. Así, una aproximación al mundo es, en el fondo, una reconfiguración del mismo sujeto, en la medida en que la atracción de las imágenes del mundo externo termina por incorporarse al sujeto observador, en términos de representación social que se convierte en capital cultural de quien observa.

Aquí se puede anotar lo siguiente: siempre hay una afección recíproca entre quien mira y aquello que mira; sin embargo, en términos generales, el observador se hace una especie de lavado cerebral para desubjetivarse y, de esta forma, hacerles creer a los demás que su observación es una “pintura fiel de la realidad”; se construye, entonces, una idea de que es posible quitarse la subjetividad para ver, y en esta medida aparece una pretendida objetividad, aquella hija espuria de la ciencia clásica. Y de esta manera se construye la costumbre, ese –a mi parecer– terrible defecto de ver lo mismo, porque siempre lo hemos visto. Pero resulta que no hemos visto, solo nos hemos acostumbrado, es decir, vemos lo que queremos ver, no lo que existe ahí afuera. Y así se configura una traición: negamos la exterioridad afirmando que la estamos viendo patentica, como diría un personaje de Carrasquilla. Lo peor de la traición reside en que lo traicionado es, en el fondo, el sí mismo. Don Tomás Carrasquilla lo intuía bien: no estaba en Santo Domingo, Antioquia; se hallaba en plena capital del país, como todo un filipichín, bebiendo alguna bebida espirituosa y reconstruyendo algunos escenarios, pintándolos con un pincel hecho con la distancia, con una forma de extrañamiento que exige pulida reconstrucción, delicada composición.

Para Woods (1995), el problema de la etnografía no reside tanto en explicar los sucesos como en describirlos adecuadamente. Esto nos pone de nuevo en el vórtice del remolino: la inventiva del investigador conduce de manera directa a la representación, pues la única manera de resolver, con algún grado

de confiabilidad, el problema entre el adentro y el afuera es a partir de la comprensión de que el objeto es el sujeto, es decir, entender que en el proceso de descripción de las interacciones humanas es imposible hacer la tajante distinción entre adentro y afuera. Es más recomendable, entonces, hacerse del lado de Velázquez, el pintor español del siglo XVII, para verse pintando *Las meninas* y descubrir que uno también es un enano, aun cuando tenga lienzo y paleta.

Dos: la invención del yo

La memoria humana presenta tres particulares sistemas de transmisión (Bruner y Weisser, 1995): uno está referido al hábito, es decir, la preservación de las adaptaciones efectuadas en encuentros pasados con el mundo; un segundo hace alusión al episodio, esto es, a la adquisición, el almacenamiento y la recuperación de ciertos hechos e impresiones del pasado; y el tercero, que se refiere a lo semántico, o sea, a aquel que trafica en la memoria por significado y generalidad, y que tiene su línea fronteriza entre pensamiento/memoria. La memoria semántica, según los mismos autores, es la encargada de categorizar e inferir, y, en esta medida, sirve para que la cultura se apodere de la mente. De acuerdo con esto, la memoria semántica toma los esquemas ya formados y los organiza según intenciones y actitudes que están en juego.

En relación con estos tres sistemas de transmisión, podemos hacer la correspondencia con los anales, las crónicas y las historias. En los anales únicamente se refieren los hechos como acontecimientos o sucesos que no están vinculados a ninguna explicación o comprensión particular; las crónicas, por su parte, se entienden como los mismos sucesos, pero con algún tipo de registro del pasado, es decir, alguna manera de explicación desde la memoria del sujeto, aunque no sea muy claro cuál es el sentido correspondiente para este; en las historias, en cambio, podemos hallar un sustento justificativo que pasa del acontecimiento –el recuerdo un tanto vago de este– a la comprensión de por qué tal hecho es significativo. Así, podemos decir que el hábito es a los anales lo que el episodio a la crónica y la memoria semántica a la historia. Para efectos de lo que se pretende presentar en este apartado –la invención del yo–, nos quedaremos con las historias, es decir, con la memoria semántica.

A este propósito, entonces, se dispone el autorrelato como una forma de darse cuenta de sí mismo y, por tanto, de reconocerse en el juego de conocer quién es el que conoce, asunto importante en relación con la etnografía.

Aquí vuelve de nuevo Galindo (1997), cuando afirma que hay un juego de libertad y determinación, de restricción y creatividad, de acercamientos y distancias. Entre unos y otras se configuran reflexiones, argumentos y, cómo no, pasiones, es decir, la tensión inevitable entre mundo interior y mundo exterior. Es imposible, por tanto, establecer unos límites claros entre lo que el sujeto lleva y lo que el mundo exterior le impregna; tal vez cabría decir, que la construcción de sentido es una trama tejida entre un capital que portamos –que en muchas ocasiones no sabemos con certeza cuál es– y aquello que aparece en el entorno y, quizá sin saber tampoco cómo, incorporamos a nuestras representaciones del mundo.

De esta forma, el autorrelato se convierte en la posibilidad más expedita y confiable de considerar el pasado, un pasado siempre selectivo, porque no hay que olvidar que aquello que el individuo recuerda siempre pasa por el tamiz de lo querido, de los deseos, de las evocaciones que emergen por vía de un afecto que sirve de dispositivo para allegar imágenes vueltas recuerdo, asumidas como la historia de vida propia; y en este caso es válido anotar que la distorsión del recuerdo juega un papel preponderante, dado que no se recuerdan sucesos tal cual ocurrieron, sino como el sujeto desea que sean entendidos por los demás por vía de su relato. Bruner y Weisser (1995) lo refieren del siguiente modo:

El hecho es que el autorrelato es una de las poderosas fuerzas que orquestan y dan dirección y estilo a los innumerables factores que pueden influir en la conducta humana. Uno de los principales modos en que ejerce este efecto es a través de la reconstrucción del recuerdo. Una vez que el recuerdo ha sido reconstruido (o reinterpretado), es posible hacer inferencias, efectuar predicciones, correr riesgos. (p. 190)

Ahora bien, la interpretación que deviene del recuerdo supone una inversión de orden reflexivo hacia los propios pensamientos de quien investiga, de modo que hay un componente de autoconciencia que le permite al individuo no tanto manifestarse sinceramente hacia los otros –lo cual siempre es imposible–, sino, mejor aún, darse cuenta de sí mismo, lo que para el caso del proceso de indagación es lo más importante, porque la autoconciencia es, ante todo, un asunto de fundación del yo, una asunción de sí mismo, no una pretensión de verdad por demostración externa de lo que se es por dentro. De todas maneras, no es posible mostrar el interior en el exterior, así como tampoco es posible interiorizar la exterioridad; a lo sumo, lo que podemos

hacer son representaciones creíbles en uno y otro sentido: nos formamos ideas de la realidad y contamos versiones verosímiles de aquello que recordamos, siempre con la intención de mantener la bisagra adentro/afuera.

Habría que añadir algo más, expresado por los mismos Bruner y Weisser (1995): “desde temprano aprendemos cómo contar nuestras vidas por la pura necesidad de vivir en familia” (p. 193). La convivencia, por ello mismo, exige de cada quien la imperiosa necesidad de contarse a sí mismo, de saberse narrador, de comprenderse como potencia narrativa; ahora, reiterémoslo, lo contado no es lo ocurrido, es una nueva ocurrencia, es decir, lo que se nos ocurre contar como acontecimiento fundacional de nuestro impostergable yo, de nuestra identidad que se debate entre qué ocurrió y cómo lo podemos relatar. Continúan diciendo los dos autores:

La mente es formada en gran medida por el acto de inventar el yo, pues en los prolongados y repetidos actos de autoinvención, definimos el mundo el alcance de nuestra acción con respecto a él y la índole de la epistemología que gobierna el modo en que el yo debe conocer el mundo y, por cierto, conocerse a sí mismo reflexivamente. La autoinvención, por su propia naturaleza, crea disyunciones entre un yo que relata en el instante del discurso y los yo esquematizados en la memoria. (Bruner y Weisser, 1995, p. 195)

Desde esta perspectiva, y a propósito de la invención del yo, es necesario anotar que el proceso autobiográfico resulta esencial a la hora de comprender el papel que debe desempeñar el etnógrafo como investigador en el ámbito de la escuela. Antes de ir a registrar los acontecimientos de los individuos que constituyen el entramado escolar, es imprescindible que el etnógrafo registre por escrito su propia historia como sujeto. Repitémoslo una vez más: no para que cuente “la verdad de su existencia” a nadie –asunto que es irrelevante, y me atrevo a señalar que imposible, además–, sino para que logre comprender cuál es el sentido de sí en relación con aquello que pretende indagar dentro de la escuela. En esta medida, no estamos asegurando confiabilidad, sino posibilidad de comprensión de la alteridad u otredad, es decir, una mirada respetuosa y comprensiva de los otros que van a ser registrados, por medio de la expresión de quien va a hacer las veces de indagador y registrador.

Y es necesario decir esto, porque a veces se construyen falsas retóricas en torno a la comprensión del otro, de los otros, pero difícilmente quien enuncia tal cosa se ha puesto en la situación de narrarse, de construir una teoría sobre sí mismo. Esto parece de suma importancia a la hora del trabajo etnográfico:

contar con una teoría fundada en la mirada contemplativa del investigador acerca de él mismo, porque el primer dato para el etnógrafo está en darse cuenta de sí, de su perspectiva de mirada, de su enfoque, de sus inclinaciones. No es psicoanálisis de sofá, es simplemente un dato para trabajar.

Tres: la narración

Los etnógrafos tienen mucho en común con los novelistas, los historiadores sociales, los periodistas y los productores de programas de televisión. Geoffrey Chaucer, William Shakespeare, Charles Dickens, Henry Mayhew, D.H. Lawrence, Paul Scott, Thomas Keneally, entre otros, dan muestras de extraordinaria habilidad etnográfica en la agudeza de sus observaciones, la fineza de oído, la sensibilidad emocional, la penetración a través de las diferentes capas de la realidad, la capacidad para meterse debajo de la piel de sus personajes sin pérdida alguna de capacidad para valorarlos objetivamente, el poder de expresión, la capacidad para recrear escenas y formas culturales y ‘darles vida’, y, por último, la capacidad para contar una historia con una estructura subyacente (Woods, 1995, p. 20).

Según el mismo Woods (1995), se ha establecido una falsa distinción entre la que se podría llamar la etnografía científica y la etnografía novelística; esta distinción, que es más bien una separación con intenciones objetivadoras, resulta perjudicial al momento de entender cómo se configura la interpretación de un evento determinado; de hecho, las teorías elaboradas a partir de la observación etnográfica juegan buena parte de su validez en la tensión entre aquello que es observado y las intuiciones propias del observador. Como se ha venido señalando en este capítulo, la situación del etnógrafo, esto es, su condición de sujeto que se sabe observador, permite un primer despliegue narrativo que, a la hora de construir la descripción del evento “externo”, es de alta significación. En esta misma medida, es pertinente reparar en que la condición potencialmente narradora del etnógrafo es, en sí misma, posibilidad de conocimiento, pues el registro escrito, más bien la exigencia de la escritura de sí y de lo otro, trae consigo un imperativo: darse cuenta de sí mismo por efecto de la exteriorización que es la palabra escrita.

Aparece en escena el tercer componente: la escritura. Es decir, tenemos la etnografía como pintura del modo de vida de un grupo humano, en primer lugar; segundo, el etnógrafo que se inventa a sí mismo; y tercero, el etnógrafo enfrentado a la cuestión de escribir, de narrar, de componer efectivamente el texto, el tejido de aquello que es observado y que, al mismo tiempo, lo incluye

a él. Woods (1995) lo ve como una actividad que no es tan cercana al acto de la enseñanza, pues, cabe decir, el acto docente de la enseñanza se caracteriza sobre todo por la oralidad, y en algunos casos por una acción de escritura instrumental (instrucciones, palabras clave, mapas conceptuales, frases para explicaciones que luego se despliegan); en este sentido, la escritura requiere una voluntad, una fuerza, un hábito que rebasa la tarea de la enseñanza, y que pone la cuestión en un ejercicio sistemático de producir textos para la reflexión en el escenario académico ampliado.

Esta inducción por la fuerza parece cierta. Por lo menos creo que en mi caso, particularmente en el caso de este texto, normalmente no hubiese escrito este texto si no me hubiera comprometido antes a presentar ante ustedes una reflexión acerca de la etnografía. Solo la fuerza terrible de tener que exponerme ante un auditorio ha hecho que escriba estas pocas líneas; y esto es preciso decirlo porque ahora, cuando cae sobre el grupo de investigación y sobre mí la responsabilidad de un proyecto avalado por Colciencias, me doy cuenta de que he sido básicamente un maestro de la oralidad y de un tímido ejercicio de escritura que he realizado durante los últimos cuatro años en los tableros de las aulas de esta universidad. Claro que no estoy desdeñando el ejercicio oral de la docencia, pero sí caigo en la cuenta de la distancia enorme entre hablar y escribir. Es más, en muchas ocasiones he hablado del asunto, tanto en clase como en la informalidad; sin embargo, solo en el último tiempo –creo que en el último semestre– me he dado cuenta de que he hablado de algo que no he sido capaz de escribir. Ratifico, pues, el imperativo de la cita precedente.

El ejercicio del maestro puede parecer estar obligado por la escritura; sin embargo, esto no es tan cierto. Y no lo es porque las evidencias de nuestra práctica muestran lo contrario: largas exposiciones orales que los estudiantes escuchan, absortos algunos, aburridos otros; luego, estos se encargan de consignar lo dicho por el profesor en el cuaderno respectivo. Y el resultado ya se sabe más o menos: frases cortadas, oraciones sin cohesión o párrafos carentes de la mínima ilación. La práctica es reiterada: viene de los primeros grados de escolaridad y atraviesa los espacios de la educación superior, incluso hasta las prestigiosas maestrías y los insignes doctorados. Parece irremediable.

Ahora, es claro que de ello no cabe culpar a los alumnos, por lo menos no más allá de la consabida dosis de negligencia que nos acompaña a todos cuando somos estudiantes. Tal vez sea más sano poner el énfasis en la responsabilidad que nos cabe a los docentes, en cualquier nivel de la educación, con respecto a la escritura, a la narración del conocimiento. En este punto, creo que hay

mucho por discutir, incluso podrían salir a la palestra fervientes defensores de la oralidad, de las bondades interlocutorias de esta dentro del espacio académico. No cabe duda de ello. Yo también voto por el ejercicio oral. No obstante, dado que el tema del texto versa sobre la narración escrita de lo que se investiga, hago mis mayores votos por la escritura, y soy consciente de lo complejo del asunto, pero considero que hay argumentos suficientes, lo cual no borra la dificultad, obviamente, sino que la agudiza. Creo, de todos modos, que el ejercicio vale la pena.

La narración escrita parece fundamental para el profesor, porque solo en ella es posible construir un pensamiento propio, es decir, un acercamiento a lo que podríamos llamar la teoría de sí. Este aspecto me parece de suma importancia, pues aquí no estoy pensando en la escritura como un ejercicio exclusivamente lingüístico, que de hecho ya es importante, sino en la posibilidad de reconocerse en la práctica de la enseñanza por la capacidad de dejar impresiones, escritas, las propias señas, los propios signos. Y aquí me estoy refiriendo a la construcción de un territorio del maestro en relación con el saber, pues saber el saber supone, desde la perspectiva que estoy planteando, saberlo narrar, saber dar cuenta de él desde una enunciación que se lo apropia, que lo hace suyo por la exigencia de la narración coherente. Se podría añadir que una epistemología del saber pasa por una epistemología de la escritura; y en este caso, entonces, el etnógrafo tendría que ponerse en la situación de quien tiene que saber decir de sí, si desea saber de lo otro y de los otros.

El texto empezó con un ciego. Cerremos con otro. Edipo, el rey de Tebas, la ciudad griega, ha decidido no contar más con sus ojos después de descubrir la terrible verdad: los crímenes cometidos en medio de tanta luz. Su destino es ir ciego hacia Colono, lugar de su muerte. La oscuridad que le acompaña es indescriptible. Sin embargo, no parece que haya pesar en el personaje; más bien, diríamos, que lleva consigo cierto regocijo. El hombre va acompañado por su hija Antígona, su lazarillo. Él es su padre. Solo ahora, cuando no la ve, se ha dado cuenta de cuánto la ama... No hay necesidad de arrancarse los ojos, como Edipo, pero sí es menester cerrarlos un momento para darnos cuenta de nosotros y empezar a reconocer la extraña realidad. ¡Ah!, y bueno es contar con una lamparita o la llama de una vela: la literatura, por ejemplo.

Referencias

- Bruner, J. y Weisser, S. (1995). La invención del yo: la autobiografía y sus formas. En D. R. Olson y N. Torrance (comp.). *Cultura escrita y oralidad* (pp. 177-202). Gedisa.
- Galindo Cáceres, J. (1997). *Sabor a ti. Metodología cualitativa de la investigación social*. Universidad Veracruzana.
- Larousse (1996) *Pequeño Larousse Ilustrado. Diccionario enciclopédico*. Editorial Larousse.
- Saramago, J. (2003). *Ensayo sobre la ceguera*. Ediciones Santillana.
- Wolcott, H. (2003). *Mejorar la escritura de la investigación cualitativa*. Universidad de Antioquia
- Woods, P. (1995). *La Escuela por dentro. La etnografía en la investigación educativa*. Paidós.